

LAS VIUDAS NEGRAS

Jonathon King

LAS VIUDAS NEGRAS

Un caso de Max Freeman

Traducción de Isabel Cuena Boy



ediciones Pàmies

Título original: *A visible darkness*

Primera edición: junio de 2008

© 2003 by Jonathon King

© de la traducción: Isabel Cuenca Boy, 2008

© de esta edición: 2008, ediciones Pàmies

Carlos Alonso, editor

C/ Monteverde, 11

28042 Madrid

editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-96952-18-8

Diseño de la cubierta: Javier Perea

Foto de cubierta: Peter Hannert/Photonica/Getty Images

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por BROSMAC, S.L.

Impreso en España

*Dedicado a Lisa, Jessica y Adam,
que constituyen mi conexión con el mundo real.*

Capítulo 1

Eddie sabía que era invisible. Siempre lo había sabido. Él mismo había visto cómo había ido desapareciendo día tras día, año tras año.

Antaño, todos podían verlo. Cuando era joven. En aquellos tiempos en los que él era el objetivo de sus maldades. Las maldades de quienes lo llamaban *sucia bola de sebo* y *mole* cuando se acercaba a la parada del autobús. O de quienes le hacían burla extendiendo los brazos, hinchando las mejillas y echando a andar torpe y pesadamente. Él bajaba la cabeza, estiraba sus ya de por sí anchos hombros y no decía nada. Escuchaba aquellas palabras. Sabía las muecas que hacían con la cara, memorizaba las cadenas de oro que llevaban al cuello y reconocía todos los logotipos y todos los zapatos.

Todos pensaban que era un imbécil, que era demasiado ingenuo como para saber quién había hecho el qué a quién. Demasiado estúpido como para saber quién era el que mandaba y quién el que debía obedecer. Pero Eddie observaba todas las cosas y a todo el mundo. Aunque tenía la cabeza gacha, su mirada siempre se mantenía alerta en un sentido u otro. Nadie más era capaz de ver las cosas que él veía todos los días y, en especial, por las noches.

Justamente era de noche la primera vez que Eddie se hizo invisible. Había estado merodeando por las calles al anochecer

desde los doce o los trece años y se sabía de memoria todos los atajos a través de los callejones. Sabía dónde estaban todas las vallas del vecindario y conocía hasta la última de las sombras de sus farolas. No le costó demasiado aprendérselo todo sin tan siquiera haberse parado a pensar en ello. Sabía con qué frecuencia cambiaban los semáforos entre la medianoche y el amanecer, el momento exacto en que el sol estival dejaría caer su último rayo sobre el sucio centro comercial ya vacío, cuándo se encendían las farolas, cuándo cerraba la taberna Blue Goose Beer y cuándo sacaban los últimos cubos de plástico con la basura y las sobras.

En medio de aquella oscuridad, Eddie sabía dónde se guardaban los perros. Sabía a cuáles podía dar pedazos de carne cruda a través de las rejas de las vallas, y a cuáles podía dirigir dulces susurros en voz baja hasta que le correspondieran dejando escapar de sus gargantas un gruñido igualmente contenido. La piel de Eddie era más oscura que la de la mayoría de la gente y estaba convencido de que precisamente eso era lo que le permitía deambular a esas tardías horas de la noche bajo las sombras de un ficus o alrededor de la valla de la chatarrería de Bartrum, y lanzar curiosas miradas al resplandor azulado procedente del salón de cualquiera de las casas sin que nadie se percatase de su presencia. Cuando era más joven, siempre lo sorprendían. El viejo Jackson o la señora Stone solían salir de sus casas y gritarle: «Chico, ¡lárgate de ahí y vuelve a tu casa! ¡No se te ha perdido nada por aquí!» Él obedecía. Se marchaba sin decir nada. Sencillamente, se encogía de hombros y se esfumaba.

Cuando dejó el colegio, Eddie empezó a haraganear por las calles durante el día. A los quince años, ya había adquirido la figura de un hombre grande y corpulento. Se ponía la misma camiseta oscura y el mismo pantalón de peto prácticamente todos los días. Decía que era su ropa *de trabajo*. Siempre iba andando a todas partes. No cogía el autobús jamás. Su madre nunca tuvo coche.

En algún momento, había logrado hacerse con un carrito de la compra que encontró abandonado. El sol se reflejaba en su

estructura cromada y su mango de plástico lucía el logotipo de la cadena de supermercados Winn-Dixie. Lo usaba para transportar todo aquello que le parecía de utilidad: chatarra y latas de aluminio para sacar algún dinero, mantas y abrigos viejos para taparse, y botellas de whisky y de vino para que le hiciesen compañía. Recorría las calles y los callejones empujando el carrito y siempre lo colocaba junto a él cuando se sentaba en algún banco. Y siempre que él se sentaba, las demás personas que compartían el banco se levantaban y se largaban.

Eddie observaba a todo el mundo. A las gentes de camino a su trabajo. A las madres de camino a la consulta del médico, prácticamente remolcando a sus pequeños. A las jovencitas soltando risitas tontas y contándose secretos al oído... Pero, con el paso de los años, los demás pronto dejaron de fijarse en él. Con el tiempo, Eddie pasó a ser poco menos que una mera mácula del vecindario. Con el tiempo, se convirtió en un simple aspecto más de la vida, en un don nadie que caminaba arrastrando los pies.

Como los demás no podían verlo, Eddie no temía a la noche. Justo por eso se encontraba ahora en medio de la tranquila oscuridad de la medianoche, en pie bajo la poinciana regia cuyas ramas envolvían como una mortaja el dormitorio que hacía esquina en la casa de la señora Philomena. Había permanecido allí, observando cómo se habían ido apagando las luces una a una hasta que únicamente quedó un resplandor azulado en el dormitorio de la anciana. Totalmente inmóvil, Eddie se mantuvo a la espera. Una hora. Dos.

Conocía a la señora Philomena. La conocía desde niño. Solía acompañar a sus hijos a la parada del autobús, ataviada con su propia ropa de trabajo. Un vestido largo estampado con un delantal blanco y zapatos blancos para acudir a su empleo en el barrio Este. Incluso en aquella época, esa mujer era ya mayor. Pero hacía tiempo que Eddie no la había vuelto a ver salir de su casa. Sólo de vez en cuando recibía alguna visita ocasional —probablemente, de su hija— y sólo de día. En esas ocasiones, lo único que Eddie alcanzaba a ver era la canosa cabellera de la

señora Philomena a la entrada, justo tras la puerta. Observaba cómo se giraba, se deslizaba hacia dentro y pedía a sus visitas que la siguiesen. Pero ahora su hija nunca llamaba a la puerta. Simplemente, la abría con su llave y gritaba «¿Mamá?» antes de desaparecer en el interior. Eddie sabía que aquella anciana estaba débil. Y esa noche había llegado su hora.

Abandonó su posición debajo de aquel árbol. Ni un solo coche había bajado por el callejón en las últimas dos horas. Atravesó el estrecho jardín y se arrodilló junto a las ventanas traseras con persianas del porche acristalado. Buscó en sus bolsillos un par de calcetines. Se puso uno en cada mano y sacó un destornillador de otro bolsillo. Invisible en medio de las sombras, emprendió su tarea. Pretendía forzar sin hacer ruido los viejos clips de aluminio perforado que servían para mantener cada cristal en su sitio. Cuando los clips cedieron, fue levantando uno a uno los cristales y depositándolos cuidadosa y ordenadamente en el suelo, fuera del porche. Sólo tuvo que quitar ocho cristales para colarse en el interior.

Puede que Eddie fuera un grandullón, pero no era ningún torpe. Llevaba entrenándose toda la vida para no serlo. Sus movimientos eran intencionados y siempre precisos. Cuando estuvo dentro de la vivienda, se quedó quieto unos instantes respirando aquel tufo a alcanfor y blondas viejas, el aroma del té verde y el olor a rancio tras tantos años de humedades y moho. Como en muchas otras casas de Florida de los sesenta, los suelos eran de terrazo duro y llano. Nada de madera crujiente. Nada de vigas tambaleantes. Cruzó el pasillo hacia el lugar de donde provenía el resplandor. Se detuvo frente a la puerta del dormitorio para ver si oía respirar, si oía algo por encima del susurro del televisor, una tos, un carraspeo para librarse de una antigua flema. Nada. En el vestíbulo, había percibido el aroma a jabón de lilas que desprendía el cuarto de baño. Permaneció inmóvil varios minutos hasta que estuvo seguro.

La señora Philomena se encontraba en el interior tendida en la cama, con sus endebles hombros recostados sobre una almo-

hada que lucía una funda de pana. Su pelo gris parecía blanco a la luz del televisor. Eddie se percató de que tenía la boca abierta formando una relajada *O*. Las sombras de color caramelo que surcaban su piel daban a sus ojos un aspecto hundido y acentuaban sus pómulos. «Está ya prácticamente muerta — se dijo Eddie a sí mismo.» No miró la pantalla del viejo televisor. Sabía que sólo serviría para arrebatarle parte de su visión nocturna. Con cuidado, se acercó a un lado de la cama y, con los calcetines aún cubriendo sus enormes y vigorosas manos, obstruyó la nariz y la boca de la señora Philomena.

Le sorprendió lo poco que ella luchó por defenderse. Tan sólo sacudió su escuálido pecho una vez y apenas agarró el material que cubría aquellas manos con las puntas de los dedos, antes de emitir el minúsculo gemido mortal tras el cual se aflojó la tensión. Eddie no se movió. Se limitó a seguir presionando con las manos lo bastante fuerte como para impedir la entrada de aire hasta que estuvo seguro. Cuando por fin se enderezó, puso la mano de la señora Philomena sobre su pecho otra vez, colocó bien la almohada y se marchó.

Una vez en el exterior, volvió a poner los cristales en su sitio y a afianzarlos apretando los clips con los pulgares. «De todas maneras, la mujer ya estaba prácticamente muerta — se repitió en un susurro a sí mismo.» Cuando se dirigía de vuelta al callejón, una brisa agitó la copa de la poinciana provocando todo un torrente de sus famosas flores de color naranja intenso que, en el frescor del otoño, se habían oscurecido y marchitado. Ahora caían como gotas de una cálida lluvia frente a la ventana del dormitorio de la anciana.

Capítulo 2

Mantenia el equilibrio sentado en el asiento de popa de mi canoa. Lancé al río seis metros de sedal de ése que se usa en la pesca con mosca y dejé que se hundiese parcialmente en sus aguas. La imagen de los costados plateados de un tarpón seguía rondando en mi retina, pero había dejado de intentar lograr que asomase entre los manglares de las orillas. Si alguien describe la pesca con mosca como una actividad que requiere gracia, concentración y habilidad, pero olvida mencionar la necesidad de armarse de una angustiante dosis de paciencia, seguramente es un vendedor de aparejos de pesca.

Una hora después de que hubiera visto saltar a aquel bastardo, aún no había conseguido engañarlo en lo más mínimo. Finalmente, desistí y me eché hacia atrás, acomodándome en el vértice de mi canoa para dejar que el sol matinal del Sur de Florida me derritiera. El olor a sudor limpio se mezclaba con el aroma salado de la brisa. Cogí aire lenta y hondamente. Sentí cómo los latidos de mi corazón se aceleraban durante un segundo para luego volverse a calmar. No llevaba camisa. Sólo unos pantalones cortos de lona. Mis largas piernas estaban bronceadas, a excepción del abultado surco blanco que tenía en el muslo. La cicatriz era fruto de la despiadada descarga que una nueve milímetros me había dirigido hacía ya algún tiempo. Cerré los ojos y me negué a ahondar en mi memoria; era un lugar en

el que prefería no volver a hurgar. Me hubiera quedado tras-
puesto si la luz del sol no hubiera cambiado tan sutilmente. Pero
lo hizo. Fue como si alguien hubiese modificado la intensidad de
la luz con uno de esos reguladores giratorios. Un escalofrío me
recorrió la piel. Cuando abrí los ojos, tenía la mirada clavada en
el cielo, hacia el oeste. Un águila pescadora se había posado en
la copa de una palma enana marchita. Miraba fijamente hacia
atrás, concentrada en sus intenciones. Probablemente, estaba tra-
tando de encontrar alguna explicación al sedal flotante o, siendo
como era un ave rapaz, intentando calibrar a la bestia inmóvil de
dentro de la canoa. Una ráfaga de viento llamó su atención y la
mía. Me giré y descubrí que un aguacero gris, inusual para oc-
tubre, se aproximaba por el sureste de manera rotunda. Las tor-
mentas de verano se originaban en los Glades occidentales y se
alimentaban de la fina capa de agua que cubría los miles de acres
de juncias. Después, unas nubes con forma de yunque avanzaban
hacia la costa, a medida que las ciudades y las playas se calen-
taban al sol y el creciente calor empujaba las nubes más frías
hacia el este. Pero ese patrón era diferente en otoño; algo se arre-
molinaba en la atmósfera, las tormentas tenían entonces más
razón de ser y se presentaban más amenazadoras.

El rugido de un trueno en la distancia hizo que me incorpo-
rarse y empezase a enrollar el carrete. Los dueños de las embar-
caciones pequeñas y los jugadores de golf sabemos que no hay
ningún otro sitio en el país donde los rayos azoten tan a menudo
como en Florida. Guardé el carrete y, con ayuda de mi remo de
madera de arce hecho a mano, giré la canoa hacia el oeste para
dirigirme al hueco que, como una caverna, se abría entre los
manglares y las encinas dando paso a la zona boscosa de mi río.
El tarpón había esperado pacientemente a que me marchase.
Tendría que volver otro día para ponerlo a prueba.

Una vez en aguas vivas, mis movimientos se volvieron rítmi-
cos, introduciendo el remo en el agua, recuperando de lleno la
palada y asestando un último golpe limpio con el extremo del
remo en posición horizontal. Antes de mudarme aquí, la única

vez que se puede decir que había remado fue cuando acompañé a un compañero policía de Filadelfia a remar con espadillas a lo largo de la orilla en la que se alinean los cobertizos de las barcas en el río Schuylkill. Fue un desastre hasta que conseguí mantener el equilibrio y comencé a sentir el agua. Si mi amigo no hubiera estado ocupando uno de los dos asientos que había, habría volcado una docena de veces. Pero la calma y el aislamiento de aquella arteria líquida que atravesaba la ciudad por el medio era algo que no olvidé jamás. Aunque remar en una canoa aquí era algo completamente distinto, la sensación de aislamiento era la misma.

Conseguí guarecerme bajo las copas de los árboles justo cuando empezaron a caer las primeras gotas de lluvia, repique-teando a través de las hojas. En aquel sombrío túnel había unos cuantos grados menos, y dejé la canoa a la deriva unos instantes para ponerme una vieja camiseta con el eslogan de la universidad de Temple. También había unas cuantas sombras más y más oscuras en esa parte del río, sobre todo porque ahora las nubes de la tormenta ocultaban el sol. Éste es un río muy viejo, cuyo cauce fluye hacia el norte a través de un bosque de cipreses inundado, antes de ensancharse entre los manglares y desviarse hacia el este para desembocar en el mar. Río adentro, las aguas son mansas y el olor de la madera húmeda y la vegetación impregnan el aire.

Un kilómetro y medio más adelante, reduje la velocidad en un estrechamiento del cauce flanqueado por dos viejos cipreses. Cincuenta metros hacia el oeste, en una zona de aguas poco profundas y espesos helechos, me detuve para atracar a la altura del pequeño embarcadero que había junto a los pilotes sobre los que se sustentaba mi cabaña. Amarré la canoa a un poste y cogí mis aparejos de pesca. Antes de subir las escaleras, comprobé cuidadosamente si había huellas en los húmedos peldaños. No suelen venir visitas por aquí. Nadie se acerca a mi puerta salvo yo mismo.

La única habitación existente estaba en penumbra, pero me conozco tan bien su sencilla distribución y todo lo que hay en

ella que sería capaz de encontrar una caja de cerillas con los ojos cerrados. Encendí una lámpara de queroseno y su resplandor coincidió con el ensordecedor repiqueteo de las enormes gotas de lluvia sobre el tejado de hojalata.

Al principio de mudarme a este lugar aislado, el golpeteo de la lluvia en la hojalata me mantenía en vela durante horas pero, con el paso de los meses, ese sonido empezó a antojármese algo natural y, a veces, incluso agradecía el estruendo que provocaba, aunque no fuese más que para romper un poco el silencio. Eché algunos trozos de carbón en mi salamandra de leña, añadí unos palos y me dispuse a hervir una cafetera. Café recién hecho. Mientras esperaba, me quité la camiseta y los náuticos de cuero y me senté a la mesa de madera. El ambiente se había vuelto cargado y húmedo. Me eché hacia atrás, apoyé los pies sobre la mesa y examiné el lugar. Contemplé la litera. Los dos armarios alabeados. El fregadero de acero inoxidable y el escurrerplatos situado bajo una hilera de armaritos totalmente desiguales. Las anticuadas persianas estilo Key West en las cuatro ventanas de las paredes y el alto techo piramidal, coronado por una cúpula laminada para dejar escapar el aire caliente que ascendía.

Antaño, la cabaña había sido un refugio de cazadores para los turistas adinerados de principios del siglo XX. En los años cincuenta cayó en manos de los investigadores estatales, que la convirtieron en un centro de investigaciones desde el que estudiar el ecosistema de los alrededores. Después, permaneció abandonada durante años hasta que mi amigo y abogado, Billy Manchester, logró hacerse de alguna manera con el derecho de arrendamiento y me la alquiló justo cuando yo buscaba un sitio en el que poder escapar de mi pasado en Filadelfia.

El único cambio que hice fue colocar puertas y ventanas nuevas. También instalé una efectiva trampa que me consiguió Billy para detener a los mosquitos y los insectos capaces de atravesar las más estrechas barreras. Uno de sus conocidos —Billy tenía cientos— era un investigador de la universidad de Florida, que había inventado un artilugio a base de CO₂ para acabar con los

insectos microscópicos. Ésos que son imposibles de ver para el ojo humano. Consciente de que lo que les resultaba atractivo a esos bichos de los humanos y otros seres que respiraban aire era precisamente el CO₂, el investigador ideó un recipiente similar a un cubo impregnado con un aceite pegajoso y lo colocó invertido sobre un soporte hecho con un tallo. Sujetó a él un conducto por el que pasaba CO₂, de modo que el tallo emitía una pequeña cantidad de gas, algo inferior a la que desprenderían dos personas en el transcurso de una conversación. Atraídos por el CO₂, los bichos se acercaban y quedaban atrapados en el aceite. Eso me permitía vivir en medio de los Glades prácticamente sin ser víctima de sus picaduras. Estaba pensando en la sencilla genialidad de aquel invento, cuando me levanté de un salto al oír que la cafetera estaba hirviendo. Al mismo tiempo, el persistente pitido electrónico de un teléfono móvil hizo que se me escapara un juramento. Fui primero a por el café y, después, miré dónde estaba el teléfono.

—¿Sí? —dije al descolgar.

—Max —respondió Billy con su voz directa y eficiente—. Max, necesito tu ayuda.